

SERGIO  
PERIS-MENCHETA

# 730 DÍAS

La enfermedad  
como espejo del tiempo

**SERGIO  
PERIS-MENCHETA**

# **730 DÍAS**

**La enfermedad  
como espejo del tiempo**

## ÍNDICE

|                                                      |    |                                              |     |
|------------------------------------------------------|----|----------------------------------------------|-----|
| Prólogo                                              | 13 | Capítulo séptimo.<br><b>TRAGAR</b>           | 119 |
| Capítulo primero.<br><b>SER</b>                      | 27 | Capítulo octavo.<br><b>MAMUSHKA</b>          | 137 |
| Capítulo segundo.<br><b>SERIOSHKA</b>                | 39 | Capítulo noveno.<br><b>EL REY DE LA CASA</b> | 153 |
| Capítulo tercero.<br><b>RESPIRA</b>                  | 49 | Capítulo décimo.<br><b>N'OUBLIEZ JAMAIS</b>  | 195 |
| Capítulo cuarto.<br><b>SAN ROBERTO</b>               | 69 | Capítulo undécimo.<br><b>LA BUENA VIDA</b>   | 229 |
| Capítulo quinto.<br><b>LA CIUDAD DE LA ESPERANZA</b> | 87 | Epílogo                                      | 271 |
| Capítulo sexto.<br><b>PAPAROTTI</b>                  | 99 | Agradecimientos                              | 283 |

## CAPÍTULO PRIMERO

# SER

Toma un círculo, acarícialo, y se volverá vicioso.

*Incrementum*, de Georges Pérec, en las Naves del Matadero  
(Madrid, 2011)

## **Hospital City of Hope, Los Ángeles, 21 de enero de 2024. Día trece después del ingreso**

«Siempre me han tocado cosas buenas. Siempre. Incluso los momentos duros los considero un regalo. Y siempre me he sentido un poco culpable por caminar por ese lado afortunado de la vida, la verdad. Con un sentimiento de no-merecimiento bastante tocapelotas que me ha acompañado desde mi primera convocatoria con la Selección Española de Rugby, allá por el 1991, hasta hoy. He trabajado en la televisión en España, Italia, Francia, Lituania, Reunido Unido, México, Estados Unidos... La mayor parte de las veces haciendo personajes protagonistas, heroicos, bestiales... He galopado vestido de guerrero muchas veces, blandiendo una espada y gritando: "¡¡¡Ahhhhhh!!!", tal y como soñaba de niño. He hecho cine por todo el mundo, y en distintos idiomas. He trabajado con gente que aparecía en los Betamax que alquilaba en el videoclub Acuario de mi barrio. He ganado y hasta presentado concursos, he trabajado con los más grandes del teatro, he interpre-

tado a personajes maravillosos, he dirigido, he creado, he contado las historias que necesitaba contar con la gente magnífica que he elegido para acompañarme en cada ocasión... He podido elegir una profesión increíble con la que he vivido aventuras increíbles. Me he sentido viajando entre las estrellas. He disfrutado de oportunidades con las que todo el mundo sueña y las he estrujado con todas mis fuerzas. He jugado mucho, y aunque he perdido, he sido, en general, más de ganar con una dosis de suerte que siempre he sentido a mi lado, acompañándome, junto a ese sentimiento de no-merecimiento.

Si en lo profesional (a lo que le damos una importancia y una prioridad desmesurada, quizá porque es nuestro escaparate al mundo) me ha ido bien, en lo personal la diosa Fortuna me ha regalado siempre la mejor de las compañías.

Empezando por el equipo que formamos Marta, Río, Olmo, Senda (nuestra perrita) y yo. La aventura del cambio de vida, los viajes, los proyectos en común, el día a día. EQUIPAZO. Después de veinte años y medio sigo enamorado hasta las trancas de Marta y me siento cada vez más deseado y querido por ella.

Y, siguiendo con la familia, los que están y los que se fueron. Con unas vidas, muchas de ellas, de película, luminosas... Las abuelas, los abuelos, mi padre y mi madre..., mi hermano querido, del que me alejé hace muchos años, pero que he tenido la oportunidad de recuperar y sentir como un cómplice. Mi Mamushka querida, incondicional, como todas las madres. También mis madres añadidas: Ana Remacha, Carmen Durán, Mari Loli; y mis padres añadidos: Antonio

Pacheco, Javier Martínez-Salmeán, Juan Carlos Corazza, Antonio Hernández. Los que hayan conocido a esta gente saben de lo que hablo cuando digo que tengo mucha suerte.

Maestras y maestros.

Luego están los cómplices. Porque están los familiares, los amiguetes, los amigos, los amigos queridos (la familia elegida), pero luego están *los cómplices*. Esos que uno sabe que están allí siempre, caiga la que caiga; esos a los que uno llama en las noches oscuras del alma. De esos tesoros he tenido un cofre pirata lleno.

Ellas y ellos saben quiénes son.

Todo esto es para decir que, en este último sorteo, no me han salido los números habituales.

Me dicen que padezco una enfermedad: leucemia aguda mielodisplásica. Mismo nombre con distintos apellidos que la que se llevó a mi abuelo en 1960 y a mi padre en 2014. Me toca jugar con otra mano esta vez, y lo veo bastante negro. Pero voy con todo, la verdad.

Estoy como solo saben los que han vivido una situación similar a la mía. Me siento vulnerable, aterrorizado y más pequeñito que nunca, y valorando desde hace ya unos meses cada uno de mis pasos sobre la tierra. Sé que en esta partida yo no elijo nada del todo y sé que la vida manda, que hay una parte donde me toca dejarme llevar. Pero llevo los bolsillos cargados de dados y los estrujo a cada rato, y es que siempre he sido muy de seises».<sup>1</sup>

---

1. Mensaje compartido en mis redes sociales.



## Interior día. Agosto. Dormitorio de mi casa en La Crescenta, Los Ángeles

En estos meses de encuentro con mi cuerpo, he empezado a vislumbrar lo que significa «estar con uno mismo». ¡A la fuerza, ahorcan! He pasado horas, días en los que no podía hacer otra cosa más que dormir, comer techo, levantarme para ir al baño cada dos por tres, y poco más. Durante varias semanas estuve, incluso, privado del don de la palabra, con lo que no me quedó otra que conversar con *el hombre que siempre va conmigo*. Y, al margen de idear quince montajes teatrales, buscar (y encontrar) soluciones a chorradas de la vida cotidiana que llevaba años queriendo solu-

cionar, y arreglar el mundo con cada nueva idea genial que me he soplado a mí mismo al oído, me he estado haciendo las mismas preguntas. Una de las más repetidas ha sido: «A ver, Sergito..., esto que estás diciendo: ¿es algo que quieres o que necesitas?».

Existe una gran diferencia, a todos los niveles, entre una cosa y la otra, e inconscientemente el trajín de la vida —y el diseño de sociedad que nos está quedando— nos empuja por inercia a meter ambas cuestiones en el mismo saco.

No significa esto último que no puedan coincidir lo que quieres y lo que necesitas. Si eres afortunado, sucede, pero menos de lo que creemos. Solo propongo observarlo con distancia: «Eso que tanto quise aquella vez, ¿lo necesitaba, realmente? ¿Cuánto tiempo tardó en acabar en la basura (física o figurada)?».

Muchas veces, lo que quiero es lo que me he contado que quiero, pero no es lo que realmente necesito en ese momento de mi vida. Y me lo he contado inconscientemente, a través de sentimientos negativos imperceptibles, en mantras que adopté de niño y que no me pertenecen o en ese escudero inseparable que es el miedo. Este punto es tan sutil que ni en cien años de conversaciones conmigo mismo estaría preparado para explicar por qué sucede esto, pero sucede.

He conseguido entender que la vida chuta sola cuando no me entrometo, cuando le permito fluir pese a lo que venga, me guste o no, y todo lo que necesito llegará a mí en el momento más adecuado: es lo que he dado en llamar

«el fluir de las cosas». Cuando *quiero algo* de manera enfática, me entrometo en ese fluir natural de la vida, estoy manipulando desde la creencia de que eso que quiero es condición *sine qua non* para ser feliz aquí y ahora. Muchas veces limito la posibilidad de que eso que quiero YA llegue cuando toque (en ese formato o en alguno similar, e incluso que llegue una caja vacía) y de una manera mucho más enriquecedora.

Aquí introduciré una dualidad que nos acompañará durante este relato: «Sergio y SER».

Así, a bote pronto, «Sergio» o «Serioshka» —‘Sergito’, que es como me han llamado en casa siempre, en ruso— es el humano de carne y hueso, totalmente tridimensional y anamórfico, que vive una experiencia total: come, duerme, caga, ríe, sueña, tiene expectativas, hace planes, mira el reloj y el calendario, se organiza, queda con gente, llora, habla, grita, se enfada, se burla, se preocupa, se da caña, lee, escribe, dirige, actúa... Lo que hasta hace bien poco resumía, en una palabra: un ser que *vive*.

«SER» (que, dicho sea de paso, es como siempre me llamaron los amigos más cercanos) tiene un punto de vista que está a dos o tres metros por encima de Serioshka; una especie de plano cenital que le permite observar a Serioshka y, entre otras cosas, pone un poco de perspectiva, calma y cierta objetividad a lo que ese cuerpecito mío está viviendo de manera tan... lo que sea. Yo lo imagino como una cámara de seguridad que emite en verde, colgada en una esquina del techo de los establecimientos. En fin, ya profundizaremos en

esta dualidad Serioshka/SER, pues nos va a llevar de la mano durante estas páginas.

A lo que iba: pareciera que cuando conecto con SER (y soy capaz de ver la expectativa, por ejemplo, que ha generado Serioshka con algo que QUIERE —¡y lo quiere YA!—) me doy cuenta de que, en realidad, no lo necesito, y se lo hago saber a Serioshka. ¡Y a veces funciona!

Ahora, a la pregunta: «¿Y cómo conectas con SER, Serioshka?», contestaré lo que sigue: «Pues..., imagino que gracias a haber vivido una experiencia tan jodidamente dura para Serioshka, no le ha quedado otra a SER que tomar la palabra y, un poco también, las riendas de la situación».

Algunos a SER lo llaman «Ser Superior», «Yo Superior», «Yo observador» o incluso «Dios».

Tom Hanks lo llamó Wilson en la película *Náufrago*, y era una pelota de voleibol con la que mantenía conversaciones auténticas.

Para mí, hoy en día, es como el adulto que está dedicado a observar al bebé, al adolescente Serioshka; un adulto que lleva ahí cuarenta y nueve años, pero al que Serioshka no ha hecho ni puto caso nunca por la sencilla razón de que no estaba preparado ni para verle, ni para escucharle, ni para saber de su existencia.

SER no vive las tres dimensiones, a diferencia de Serioshka. No acarrea, digamos, el peso de la VIDA con sus calendarios, sus expectativas, cabreos, fugaces alegrías, etcétera. SER tiene la virtud de vivir sin ruido y lo ve claro: «Serioshka, querido mío: esto que tanto quieres, no lo necesitas».

La mente física de Serioshka es infinitamente más limitada y solo cree en lo tangible, en la materia, en el dos más dos son cuatro. Pero, joder..., la vida no es solo el resultado de esa suma..., ¡y menos mal!

Es importante entender algo que a mí me ha costado mucho interiorizar: QUERER algo es un estado mental. Es producto de la mente, y la mente consigue, a través de sus maravillosos mecanismos, hacernos incluso llegar a sentir que QUERER es TENER. Cuando queremos algo, nuestra mente ya lo ha dibujado como una realidad, ya ha rodado la secuencia en que LO TENEMOS. En esa secuencia, además, corroboramos que no nos equivocamos QUERIENDO eso porque todo cuadra:

Dentro de la cabeza de Serioshka: *¡¡En efecto!! ¡¡Lo sabía!! ¡¡Lo necesitaba!!*

La mente hace que todo encaje, y no es necesario tener una cabeza cuadriculada para que sea así. No hace falta mucho para caer en el autoengaño. Porque QUERER no es tener, no es conseguir. Si insistes en QUERER, QUERER, QUERER, permanecerás en el estado de QUERER *in aeternum*. No harás nada más que QUERER, entrarás en un círculo vicioso en el cual tu mente no solo te habrá rodado la secuencia completa, sino toda la peli; una peli que, al menos en mi caso, es como uno de esos bucles/pesadillas de los que es imposible escapar y que no me permiten descansar en toda la noche.

¿Qué es lo que verdaderamente me hace falta, aquí y

ahora, para dar un paso al frente y evitar entrar en bucle, para ser quien soy en esencia y permitir a la vida crecer y expandirse de la manera más alegre y natural posible? ¿Qué es lo que realmente NECESITO?

## **Los Ángeles, 27 de mayo de 2024. A veinticuatro horas del trasplante**

Hoy toca calma total.

Día de descanso tras seis sesiones de radiación y una de quimio de las «fuertes».

Hoy mi corazón y mi mente están en Madrid.

En estos momentos están operando a Yonyón.

Mañana ya estarán aquí sus células madre.

Magia.

Hace unos días soñé que Marta, mi compañera, me despertaba entre lágrimas.

«Ha habido un atentado en Barajas».

Yo me temo lo peor.

«¿Ha fallecido algún conocido?».

Marta me pone la mano en el pecho.

«No ha muerto nadie. Pero han suspendido todos los vuelos durante una semana».

Yo no entiendo tanto drama.

«¿Y?».

«Las células madre de tu hermano no pueden viajar».

Uno nunca piensa en esa posibilidad.

En estos momentos, están operando a Yonyón a nueve mil kilómetros de aquí.

Al acabar, alguien embarca con un 10 % de su médula ósea en un maletín destino LA.

Mañana me la transfunden.

«La historia de ese porteador o porteadora merecería ser contada», pienso.

Hoy cruzo los dedos para que todo salga bien.

Me pongo en manos de lo que tenga que pasar.

Pero, eso sí, con los dedos cruzados  
bajo las sábanas.